

## CRONICA CULTURAL

Esta vez, la Crónica va a salirse de las fronteras. En gran parte se dedicará, ora a quienes, de fuera, vinieron a visitarnos, ora a aquéllos que partieron de aquí para dar exacto testimonio de nosotros. Es bueno que así sea. Si los males del nacionalismo han de corregirse imponiéndole una función internacional, ¿qué no sucederá con la cultura? Ahí sí que todo nacionalismo a palo seco es, como d'Ors ha proclamado tercamamente, pecado. Pero esto ya lo sabemos los españoles. ¿Que eso sorprende? Sí, a quien mida cuanto separa nuestra rabiosa afirmación nacional y un claro, armonioso, aterciopelado cosmopolitismo cualquiera. Pero es que a nosotros nunca nos ha interesado coincidir con los demás en lo epidérmico, que en eso viene a acabar todo cosmopolitismo, sino, a fuerza de adentrarnos en nuestra autenticidad, llegar allí donde sólo cuenta lo humano, y una cultura puede escapar disparada desde la anécdota a la categoría. Excepcionalmente preparados para esa aventura, sólo nos falta hoy salir más de nosotros mismos, como en nuestros mejores tiempos. Intercambio. Bien venido, por eso, cuanto suponga ir de visita y recibir visitas. Aunque quizá la expresión no sea enteramente acertada. Una cultura con vocación universal no va de visita porque salga de sus fronteras; continúa en su casa, y aspira a que los demás sientan lo mismo cuando ella los recibe.

WILLIAM THOMAS WALSH EN ESPAÑA

Bastaría lo antes dicho para que nos congratuláramos de la visita de William Thomas Walsh, poeta e historiador, y,

por ello, capaz de amar y de conocer. A él, le viene eso de estirpe. No hay país extraño a nuestra cultura al que ésta haya interesado como al país de Washington Irving, Prescott, Ticknor, Longfellow y Lowell. Por cierto, ¿no ha estado también entre nosotros otro Walsh: el padre Walsh, director de la *Revista Católica* de El Paso, de Tejas? Y Mr. Lewis Hanke, director de la Fundación hispana del Congreso de Washington, ¿no ha pronunciado conferencias en La Rábida, Madrid, Zaragoza, Valencia y Barcelona? Y si se desean más nombres, ¿no tenemos los de Huntington, con su traducción del *Mio Cid*; Rennert, y sus estudios sobre Lope de Vega; Fitz-Gerald, el investigador de Berceo; Clark, Jeremías O. Ford, Buchanam, Schevill, Carolina B. Bourland, Post, Crawford, Chandler, Haan, Churchman, Howells, Bourne, Marden, Lathrop, O'Reilly, Roseman, Lang, Knapp, Morley, Bruerton, y, en fin, el más popular entre nosotros de todos ellos, el andariego y entusiasta Lummis? Pero quizá en ninguno el conocimiento ha conducido tan derechamente al amor como en este Tomás Walsh, al que España ha otorgado la Gran Cruz de Isabel la Católica.

No hay, por eso, español medianamente culto que desconozca ese poema en prosa que es su *Isabel de España*, o su *Felipe II*. Y que no se los haya agradecido desde su corazón. *Isabel* se presta menos a la comparación, pero ésta, en el *Felipe*, puede ilustrarnos maravillosamente sobre el autor. Si en otras obras —recuérdese a Schneider o a Pfandl— la figura del monarca aparece excesivamente esquematizada por la tesis, Walsh, historiador puro, ha sabido pintar, y ha pintado, mejor que defender. Y nosotros, para nuestra historia —¿sólo para nuestra historia?— no queremos abogados, sino pintores. Es inevitable que la pintura tenga sus sombras. Pero nos basta que, siendo pintura, casi toda ella sea luz, como lo es en las obras de este norteamericano. Gracias le sean dadas, porque —eslabón ilustre de un honrado equipo de hispanófilos— ha sabido pintar.

## "RENCONTRES" EN GINEBRA Y CONGRESOS EN ROMA

¡Lástima, en cambio, y no para nosotros, que nuestra pintura de Europa no la aceptaran quiénes, al parecer, no gustan demasiado de buscar remedios a su enfermedad, contemplándose en espejos objetivos! El nuestro lo era. Quizá porque la nuestra es la tierra de Velázquez; de Velázquez, de quien precisamente se dijo aquello de "pintor de la verdad".

Y no es que en los "rencontres" internacionales celebrados en septiembre, en Ginebra, para ver de ponerse de acuerdo sobre "la esencia del espíritu europeo, y su ámbito histórico y espacial", brillara el optimismo. No, no fué eso. En general, según nos informan los españoles que estuvieron allí, a saber, Eugenio Montes y Salvador Lissarrague, dominó un pesimismo que ellos llegan a denominar, rotundamente, así: nihilismo. No se trata tampoco de que, reconociendo la enfermedad, se aplaudiera lo que en fin de cuentas no podía sino exacerbarla. No, eso no se aplaudió. Ni, por último, se dejaron de aplaudir cosas bien dichas entre las muchísimas, buenas y malas, que allí se dijeron; pero, ¿no es revelador que Montes tuviera que retirar su conferencia, y, en solidaridad con él, Lissarrague, porque el primero pensara sostener que, si hacia Poniente, Europa, gracias a España, saltó sobre el océano, por el Oriente termina bastante antes de allá donde la geografía la hace terminar: en los montes Urales?

No es cosa de política. Había de florecer al este del Vístula la cultura más amable a nuestros ojos, y no sería por eso una cultura europea. Por eso, el temor ante una evidencia de tal categoría da la medida del riesgo que amenaza a Europa. No sólo a la Europa geográfica. La cultural, lo mismo reside en Londres, Madrid o París, que en San Francisco, Melbourne o Mendoza, y, a decir verdad, en la hora presente, más en el último villorrio argentino o brasileño que en cualquier gran ciudad centroeuropea; y el temor a la confesión del propio mal no es exclusivo de la Europa de las geografías. Sin incurrir en el soberbio desconocimiento de sus muchos, y grandes, defectos, algunas gentes, aquéllas en quienes, según el presidente De Valera, "están las verdaderas fuentes de la cultura

universal", se figuran conocer ese mal, y su remedio. En Ginebra, esas gentes no hablaron.

A Ginebra, volando, fué Eugenio Montes. Poco antes, también por allá, en Friburgo de Suiza, se había celebrado el vigésimo Congreso Internacional de "Pax Romana". Frente a determinadas incomprendiones, la voz española del Doctor Hervás, Obispo de Valencia, explicó nuestro catolicismo integral como fórmula preferible a ciertas recetitas y "políticas de presencia", que se pretendían imponer, no para aquí o para allá, sino para todo lugar. Ninguna voz española pudo alzarse en Ginebra. Sería erróneo deducir de ello que la cultura española no habló allí. A veces, el silencio vale por muchas palabras.

Pero otras veces no es menester que hablen silencios. ¿Qué magia ecuménica tendrá el nombre de Roma, que donde Ginebra nada consiguió, ella pudo lograr lo que, con expresión dorsiana, llamaré el Diálogo? En Roma tuvo lugar, en efecto, el Congreso Internacional de Filosofía. Asistieron representantes de dieciséis naciones. Benda, Jankelevitch, Brehier, Walb, por Francia; el norteamericano Santayana; los suizos Reymond y Gonseth; Szilazi y Kareny, de Hungría; Nyman, sueco; Rieger, por Checoeslovaquia; el suizo Zawiski, y el alemán Ebinghaus. De España, Eugenio d'Ors, los catedráticos D. Angel González Alvarez y D. Juan Zaragüeta, el dominico Padre Santiago Ramírez, los jesuitas Padre Bayle y Reverendo Padre Ceñal, D. Rafael Calvo Cerezo y D. José Cortés Grau, de quien muchos conocerán sus *Motivos de la España eterna* y menos su vocación y oficio de filósofo del Derecho. En sus palabras iniciales, dichas en español, para mantener la vigencia del fuero adquirido hace casi cuarenta años, en el Congreso de Filosofía de Heidelberg, d'Ors explicó la presencia de España. Cultura tan fiel al servicio de los valores intelectuales no podía faltar donde esos valores hubieran de ser de alguna manera servidos. En Roma, ¿se les ha servido? El tiempo dirá, y Eugenio d'Ors —que ya comenzó por dar de ello noticia en su Glosario— lo que este Congreso haya producido. Anotemos, por de pronto, este resultado, que no es ciertamente de todos los días: ha habido Diálogo. El Congreso terminó con la visita de los congresistas al Padre Santo, como para de-

jar fuera de duda de qué Roma se trata cuando hablamos de la magia de ese nombre. Podemos obtener del Congreso, cuando menos, esta consoladora deducción: lo que políticas, en ocasiones, enturbian, pueden filosofías aclarar.

## VERSOS ESPAÑOLES EN LISBOA. NUESTRA POESÍA

España, en Lisboa, también habló. Fué con motivo de la Exposición del Libro Español. Hablaron primero cuatro mil quinientos volúmenes, sobre nuestro pasado y —lo que más importa— sobre nuestro presente. Hablaron, después, Eugenio d'Ors y Eugenio Montes. En último término, habló el segundo Eugenio para presentar a unos cuantos poetas españoles: José García Nieto, Gerardo Diego, Manuel Machado, Dionisio Ridruejo, Adriano del Valle. ¿Los mejores? Para el objeto de esta Crónica básteme lo dicho: unos cuantos poetas españoles. En cambio, sí será menester puntualizar, a propósito de ellos, algo: esos poetas, otros poetas cualesquiera contemporáneos, nuestros poetas en general, ¿qué representan en nuestra cultura? ¿Están en condiciones de lanzar al mundo el mensaje que nuestra cultura, evidentemente, posee?

Reiteradamente he reprochado desde estas páginas a la poesía española contemporánea lo que en alguna parte he encontrado bajo la palabra "inactualismo", y yo, más genéricamente, tachaba de frialdad. No se pedía con ello que esa poesía descendiera de su actual perfección formal para lanzarse por un actualismo que fuera a nuestro tiempo lo que las odas a la vacuna o a la invención de la imprenta significaron en el suyo; no se pretendía imponer una temática actual, ni mucho menos una poesía de consignas. Modestamente, se sugería tan sólo la conveniencia de un giro hacia la vida; se recordaba que las invocaciones "a la minoría, siempre", hubieran sido perfectamente incongruentes en épocas en que herreros y trajinantes entonaban por los caminos los versos del Dante, que, a lo que parece, tuvo sus ribetes de poeta; se aconsejaba, en fin, que, ya no los modernos trajinantes —harto menos cultos, naturalmente, que los del siglo XII—, se hiciera poesía útil para las gentes cultas de nuestra inculta sociedad;

no poesía sólo para poetas, o, como la *Giralda* de Gerardo Diego, "volumen nada más; base y altura". La perfección formal, sobre proporcionar a la poesía actual su concisa elegancia, fué en cierto modo una apreciable manifestación de humildad. Lo era aceptar el difícil camino de las formas sabidas en vez de irse facilitonamente a inventar nuevas formas. ¡Pero forma, sólo forma!...

Hora es de señalar algunos reparos importantes a tales reproches. El movimiento poético en España ha sido fecundo. "Garcilaso", "Espadaña", "Entregas de poesía", "Proel", "Pilar", "Halcón", "Possio", son sólo algunas de las revistas que han nacido, vivido y desaparecido, casi todas en apenas un breve y veloz vuelo. Tan confuso mundo no podía ser tan uniforme como para que ciertos reproches pudieran, sin más, entenderse aplicables al conjunto. Junto a la poesía estrictamente formal, no faltan, por cierto, poetas, que algunos no denominarían románticos, puesto que su devoción por la métrica tradicional es notoria, pero que podrían ser llamados así considerando que la forma no quiere ser en ellos sino vehículo de un mensaje íntimo y sencillo; poetas de cuya actitud es expresión, por ejemplo, la rúbrica de "sonetos apasionados" que Vicente Gaos pone a su libro *Arcángel de mi noche*. A estos poetas —es justo reconocerlo— aquellos reproches no podían alcanzarios. Y si acaso, ya que no la integridad de los reproches, su razón (el inactualismo) podía, sí, lanzarse contra determinados autores, en razón de los temas tratados y del modo de tratarlos, enteramente desconectados de las preocupaciones actuales, ni aún esto sería lícito al ascender a la más alta poesía actual, de la que, a decir verdad, alguna vez di aquí noticia, pero sólo noticia.

¿Quiénes? No hablo de los "viejos" en fecunda producción; de un Dámaso Alonso, un Gerardo Diego, un Aleixandre, un Cernuda. Y tampoco, como es natural, de todos los "nuevos". Uno es sólo un jurista que a ratos lee versos, y no está en condiciones de discernir méritos. Reuniré sólo unos nombres: Panero, Rosales, Ridruejo, Zubiaurre. Este último acaba de publicar unos *Poemas del mar solo*. Es una voz lejana, grave, profunda, la suya. Leopoldo Panero publicó hace dos años unos fragmentos de *La estancia vacía*. Y es síntoma de la con-

fusión poética de esta hora que muchos perdiéramos el tiempo en señalarles reparos a poetas de segundo orden, o de ningún orden, cuando entre nosotros estaba la Poesía.

“Considero a Panero como el mayor poeta de esta hora”, ha escrito Ridruejo. En él están la hondura de Unamuno, la melancolía de Antonio Machado, y una perfección formal que, ¡al fin!, es sólo vehículo de un pensamiento, y un pensamiento que, ¡al cabo!, necesitamos. Esta no es poesía sólo para poetas. Es para hombres. Sin caer en el “tremendismo” (la expresión feliz es de Zubiaurre), sin palabras fuertes que reflejen la “tremenda” realidad presente, Panero es actual, y, por cierto, sin haber tenido que adoptar una temática contemporánea, sino al contrario. Pero es que nuestro mensaje no aspira más que a eso: a ser el mensaje del hombre, de todo tiempo y de todo lugar.

Siempre el poeta, cuando acierta, es quien acierta de veras. Tengo para mí que *La estancia vacía* quedará, aparte su valor permanente, como la mejor expresión de esta generación española, tan groseramente interpretada en ocasiones, generación más lírica que dramática, algo desengañada, porque ha vivido mucho, y que, purificada por la incomprensión —que le ha proporcionado una profundidad quizá inasequible de otra manera—, se presenta transida de ese Dios que la ciñe de vida verdadera. Por ahí la poesía actual, “tan rabiosamente enfrascada —se ha escrito— hacia lo humano”, tiene mucho que decir.

#### LOS NUEVOS EDIFICIOS DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Pero no sólo se dicen cosas en poesía. La piedra puede hablar también, y lo ha hecho en los edificios a que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha trasladado su residencia, el 12 de octubre de 1946, cancelando así la primera etapa de su vida.

Los edificios de ésta que se ha denominado “ciudad de la ciencia” son: el templo del Espíritu Santo, el edificio central, el Archivo Histórico Nacional, y cuatro grupos, con un total de dieciséis pabellones, a saber: primer grupo, los Institutos

“Luis Vives”, de Filosofía; “San José de Calasanz”, de Pedagogía, y “Ramiro de Maeztu”; segundo grupo, para Ciencias experimentales y de aplicación: los Institutos “Alonso de Santa Cruz” (Física), “Alonso Barba” (Química), “Gregorio de Rocasolano” (Químico-física), “Sebastián Elcano” (Geografía), “Lucas Mallada” (Geología), “Mutis” (Farmacognosia) y “Torres Quevedo”; tercer grupo: los Institutos “Padre Flores” (Historia Eclesiástica), “Santo Toribio de Mogrovejo”, (Misionología), “Jerónimo de Zurita” (Historia) y “Fernández de Oviedo” (Historia de América); cuarto grupo: Residencias de Becarios e Investigadores.

Se dirá que los edificios no crean al investigador. Cierto, pero le hacen posible y, en cierta manera, señalan su presencia. No sólo hay Consejo para que haya ciencia; lo hay porque hay ciencia. Y también —recalcó el Jefe del Estado español— porque hay clima propicio para la ciencia. La cultura, dijo aquél en su discurso, es flor de paz, que sólo germina en climas morales tranquilos. De ahí que, pese a toda suerte de dificultades, la paz del Estado español haya florecido, como mentís a todos los escepticismos, en la ciencia española, “católica, universal”. Retengamos estas palabras; nos servirán de mucho cuando hagamos recuento del quehacer cultural de estos años, recuento que, por cierto, tendrá que hacerse bajo el signo del Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, en cuyo tiempo se plantó el árbol de la ciencia llamado a devolvernos el ciento por uno; nos servirán también para considerar que todo este renacer, guiado por Dios, “sin cuyo soplo vital —dijo el Ministro— resulta estéril y yerta la ciencia humana”, no se agota en concepto tan superado como el de absoluta, todopoderosa nacionalidad, en palabras del Jefe del Estado. Por el contrario —y enlácese esto con mis primeras palabras en esta Crónica— lo rebasan, apuntando hacia lo universal.

En España, durante bastante tiempo, llegar a algo en este aspecto de la ciencia era vencer lo imposible. Las cosas van cambiando; y aún cambiarán más gracias al Consejo, que ahora ve simbolizada su unidad en este grupo de edificios recién inaugurados en Madrid.



Ordenar es verbo grato, que ha inspirado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y, también, la reorganización de las Reales Academias de Farmacia y Jurisprudencia. En la Española, ingresó D. Esteban Terradas, a quien contestó Marañón; dos hombres de ciencia, cosa digna de anotarse en un tiempo quizá necesitado —se ha dicho— de un nuevo y amplio humanismo, que termine con esa pedante e irritante distinción de nuestra mocedad entre las letras y las ciencias. El Instituto de España conmemoró el bicentenario de Felipe V. El magistral Heinz Unger dirigió varios conciertos, al frente de la Orquesta Nacional, y en el Ateneo de Madrid se celebró un ciclo de compositores catalanes (Blancafort, Monpou, Montsalvatge y Suriñach), al que siguió otro sobre Beethoven. En el mismo lugar, José María Pemán inauguró el ciclo cervantino, hablando “de la cuarta y definitiva salida de Don Quijote por el mundo”, y el embajador brasileño Oswaldo Orico lo continuó, disertando acerca de “La ruta marítima. Os Lusíadas y los caminos geográficos del Quijote”. El profesor Sepich, de la Universidad de Buenos Aires, trató del “peligro de la Cristianidad en Hispanoamérica”. Y en Zaragoza se clausuró el Congreso Nacional de Derecho Civil, convocado por el Consejo de Estudios del Derecho aragonés.

Recientemente han fallecido el crítico de arte Benito Rodríguez-Filloo, y, en Montserrat, el beneditino padre Gregorio María Suñol, con quien alcanzó su cima la vuelta al canto gregoriano. Después, D. Jerónimo González, profesor de la Universidad Central, miembro del Instituto de Estudios Políticos, que como tal había participado eficazísimamente en los dos proyectos de Ley Cambiaria y de Reforma de las Sociedades anónimas, elaborados por el Instituto. El nombre de Jerónimo González era familiar en aquel plano en que acaba el profesor y empieza el investigador, y aun diré más: el creador, pues él supo levantar, sobre el reseco solar del Derecho Inmobiliario, la pirueta elegante de una construcción que uno no sabía si admirar por su solidez o por su armonía. Poseyó Jerónimo González el difícil don de desenvolverse en tan

pesado mundo jurídico de manera que con frecuencia nos lo transmutó en encantado jardín, pues, ciertamente, sobre hombre de Derecho, fué artista, capaz de hacer plástico el más abstracto concepto hipotecario. Obra intensa la suya más que extensa, basta la nueva de su definitiva pérdida para abrir un paréntesis de duelo allí donde el Congreso de Zaragoza había estimulado precisamente a lo contrario.

Y no extrañe este detenerse en algo estrictamente jurídico en apariencia. Por primera vez en más de medio siglo se ha celebrado un Congreso de esa índole. Juristas de toda España han aprobado unas conclusiones, afirmando la necesidad de un Código civil general, con inspiración hispánica, al que se incorpore lo más saliente de los actuales Derechos regionales, reduciendo así a sistema solar lo que hasta ahora no pasaba de perturbadora pluralidad de sistemas planetarios: Código único, pues, mas no uniforme. Pero es que toda la cultura española ha bandeado constantemente entre anarquía o uniformismo. Y puesto que ninguna rama del saber evoluciona sola, el camino apuntado en Zaragoza permite ser interpretado como simple reflejo jurídico de un modo de ver los problemas culturales, que, en su conjunto, no puede ser saludado más que con esperanza.

ESPAÑA EN AMÉRICA. DESPEDIDA A JUAN CARLOS  
GOYENECHE

Con esperanza. Como ese movimiento que se ha dado últimamente de orilla a orilla de nuestro océano. Por parte nuestra... Embajada extraordinaria a Bogotá, y conferencias de sus miembros, después, por la ancha América: Eduardo Marquina, Pérez Bustamante, Luis de Sosa, Julio Guillén y Díaz Plaja. García Viñolas, agregado cultural en la Embajada de España en el Brasil. Misión española al Salvador, con ocasión de conmemorarse el IV centenario de la fundación de la capital, y en ella, Pérez de Bustamante, Luis Morales, Manuel Vigil y, presidiéndola, el Marqués de Lozoya, Director general de Bellas Artes, académico, historiador y, desde su escondido rincón segoviano, una de nuestras primeras autoridades en mate-

ria artística. Y, en fin, Exposición del Libro español moderno en Buenos Aires. Mil noventa volúmenes, cuarenta y cinco revistas, un catálogo, prologado por Pérez de Ayala, una conferencia de Ramón Gómez de la Serna, y, si no queremos recluimos en el fetichismo del número y la estadística, un exponente de lo hecho en España de nuestra guerra acá, que ha sido bastante y era muy poco conocido allende los mares. Con frases de horrendo sabor pedagógico, eso, ¿no es "hacer" Hispanidad?

Uno, es claro, siente al escribir el vocablo muchos deseos de que las palabras, igual que pueden decirse bajito, se pudieran escribir bajito; ¡porque suena ya esa tan a palabra de final de banquete! Esto, el propio Juan Carlos Goyeneche, que ahora se vuelve a su tierra Argentina, y con quien sus amigos se reunieron en ocasión de despedida, lo adivinaba, y por ello recordó el peligro de que tanta Hispanidad sea sólo ceremonial moderno para una retórica vieja: Colón, Otumba, y demás sonoro repertorio de nuestro histórico desván. Pero en la despedida a Goyeneche la Hispanidad no fué eso. Ni en las palabras de Lain, inteligentes como suyas, demasiado inteligentes, si su hondad no las insuflara el ardor, tanto más entrañable cuanto más contenido, de una pasión profundísima: ni cuando ese macizo vasco que es Fernando María Castiella, proclamó, desde lo alto de su elevada humanidad, el servicio que, con restaurar la Cristiandad entre nosotros y los de nuestra lengua, haríamos al mundo; ni cuando Joaquín Ruiz Giménez, que ha sido nombrado director del Instituto de Cultura Hispánica, y tiene aire apostólico en perfil y en verbo, pronunció la palabra que todos, sin saberla precisar, esperábamos: oración. Porque allí nadie abombó el pecho para hablar de Hispanidad, me atrevo a decir que la Hispanidad estuvo allí, y me atrevo a escribir, aquí, de ella.

Porque si allí anidó, más que en las bocas, en los corazones, eso, ¿no debiera ser general? Hablaba antes de Europa; pero la salud de Europa no tenemos nosotros mejor medio de buscarla que uniéndonos culturalmente con quienes quedan más cercanos a la fe que acunó a Europa. Como en alguna ocasión he dicho: el objetivo para nosotros, españoles, europeos máximos de hoy, se llama Europa, pero nuestra Europa se

llama Hispanidad. Pues bien; nosotros, los españoles, debemos mucho a este argentino que se nos va. El nos ha traído algo que aquí escasea bastante: la crítica, la crítica áspera y fraterna; pero, sobre todo, él nos ha sacado a nosotros, tan a menudo caracoles intelectuales, de nuestra casa, para enseñarnos que, además de nosotros, y seguramente delante de nosotros, hay otros hispanos, y que ya no debemos seguir pensando en domésticas medidas caseras, sino en anchas dimensiones hispanas. ¿No será cosa de empezar a pensar en ello? Uno siente el pudor y la espantosa inutilidad de los grandes gestos, y prefiere guardarse las grandes palabras; pero por eso, uno escribe ahora de Hispanidad; porque no se trata de retórica, sino de algo que hemos de hacer íntimo con cada uno de nosotros.

Montes, cuando volaba a Ginebra, donde no habría de hablar, pensaba algo muy exacto: que si el avión caía, se diría... eso, que había caído, jamás que había decaído, mientras que de Europa se dice que está en decadencia, cuando lo cierto es que no ha hecho sino caer. Mas, para levantarse, ha de querer escuchar; ¿y no escuchará mejor a la Hispanidad, si entre todos conseguimos hacerla hablar, que a esta solitaria, andrajosa, cenicienta España? Como Laín dice: olvidemos Lepanto y demás gloriosa pesadumbre, que tanto nos estorba. Es un futuro no estrenado el que debe convocarnos. Quizá, como ha recordado Gaspar Gómez de la Serna, no seamos nosotros los gallos mañaneros de esa alborada. La Argentina ha entrado en la historia, ¿y quién sabe si en plan de directora? Pero algo podremos hacer. En España hay valores consagrados. Ahora mismo D. Jacinto Benavente ha estrenado en Barcelona y en Madrid la "Titania", que antes aplaudiera Buenos Aires. Pero la tónica de España es la novedad. En parte. endeble. Pero esto es inevitable. Y, gracias a Dios, ya van aclarándose muchas cosas y revelándose qué valores (falsos) han de caer y cuáles deben quedar. Pero es que aun gran parte de éstos no hacen, en rigor, sino despuntar. No pasan, en verdad, de una gran interrogación. Esperar es, por eso, verbo actual de nuestra cultura; aunque esperar, eso sí, con la alegría que da la esperanza; "spe gaudentes", como decía San Pablo y gusta recordar Fernando María Castiella; también esperar labo-

rando. Incluso puede ser éste el momento de un reajuste general, en el que esa generación que digo enfoque objetivos más depurados, que se adivinan, pero apenas se formulan o se formulan mal. En ese reajuste, ¿no tendrá nada que hacer esa palabra que yo ahora pronuncio muy bajo, pero entrañablemente: Hispanidad?

## HA MUERTO FALLA

En la Argentina precisamente, en Altagracia, provincia de Córdoba, ha muerto Manuel de Falla. Tenía setenta años. Contaba con volver próximamente a su patria, donde le esperaba la dirección del Instituto de España. Deja tras él una producción menos copiosa que admirable, una obra quizá aun no terminada, la "Atlántida", una vida ejemplar, unos discípulos, y este juicio, demasiado a la americana para mi gusto, pero rigurosamente exacto: "el español número uno en nuestra vida artística".

Pero más, mucho más que eso.

Manuel de Falla nace a la música en un espacio que acotan estos nombres: Chueca, Pedrell, Albéniz, Debussy, Ravel. Retengamos dos: Albéniz y Debussy. El primero puede representar lo que, con bastante imprecisión, caracterizaríamos como España; el segundo, esto otro: Europa. Ahora, representémosnos la trayectoria artística de Falla: una línea que parte de Albéniz para acabar en Debussy, sin que por eso abandone al primero, sino, como hoy decimos pedantemente, superándolo. Pues bien, esto es ese "más, mucho más" que nos ha dejado Falla.

Lo ha dicho Federico Sopeña; lo ha dicho, por escrito y en música, Rodrigo; pero eso es precisamente lo que aquí importa destacar, porque toda la cultura española moderna no debe ser sino un esfuerzo por realizar lo que Falla: ir de Albéniz a Debussy, sin renegar del primero. Claro está que las cosas son, por fortuna, algo más complicadas de lo que aparecen en ese esquema caricaturesco; pero, ¿no podremos arreglarnos con él? No otra cosa que lanzar esa consigna hace Laín Entralgo, en su exacto lenguaje de intelectual. Y, en mi desgarbada y atropellada prosa, no he perseguido yo adoc-

trinar diferentemente. Ir, sí, a lo popular; empezar con majas y chulos, a lo Goya; con amores brujos y noches en los jardines de España, a lo Manuel de Falla. Si no, correríamos peligro de cosmopolitismo, ser soso y sin vida, ni carne ni pescado; casi, casi, no ser (aunque para ese inicial casticismo ya le haga falta mucha Italia a Goya; mucho París a Falla). Pero, después, tirar de lo castizo hacia arriba, hacia lo universal; de ser el pintor de la raza a ser el pintor de su tiempo; de la juerga andaluza a la universal Castilla del "Retablo de maese Pedro", y a la universal música del "Concierto para clavicémbalo"; redimir, en fin, de su servidumbre el pobre cuerpo de lo local y perecedero, infundiéndole un soplo de eternidad. ¿Qué mejor lección para nosotros?

El, es claro, fué un hombre de vida interior. Parece que Cossío gustaba hablar de "San Manuel de Falla", y de Ramón Pérez de Ayala se han exhumado las palabras en que califica al músico de "algo frailecico. Cartujo por su recogimiento, benedictino por su asiduidad, franciscano por su mirada limpia, carmelita por la pureza de su música". De él mismo se ha recordado una significativa confesión: "sin la ayuda pujante de mis convicciones religiosas no hubiera tenido jamás el coraje de proseguir un camino en el que las tinieblas invadían la mayor parte". Falla trataba, por eso, de lograr con su arte un fin moral, y como era de esperar, precisamente porque no se trataba allí de hacer puro arte, arte por el arte, apareció una música sólo parangonable a la de Ravel y Stravinsky. Buena lección para ciertos jovencitos. Esta, y la otra: la de su universalismo. Como Turina, Falla, para lograrlo, tuvo que pasar antes por el purgatorio del "españolismo", del que Albéniz, una generación antes, nunca conseguiría salir por entero. Pero, gracias a Falla, Rodrigo, una generación después, pudo ser íntegramente universal desde el principio... y, a la vez, español, pero esto último no temáticamente, sino ambientalmente. Sin castañuelas, y, por eso, con mucha mayor seriedad. Que es de lo que se trata. De que, andando el tiempo, pueda alguien acercarse a nuestra obra, y caracterizarla como Sopena la "Invocación a Dulcinea", del "Retablo" de Falla: como "uno de los instantes más tiernos, más universalmente españoles, de la música contemporánea".

Ante la muerte de Manuel de Falla, de este hombrecillo ascético, modesto y tímido, que, haciendo sólo música, supo darnos la entera, magistral lección que ninguno de los de su tiempo logró brindarnos sino en retazos, sólo se me ocurre pensar que no hay sino continuar, cada cual en su heredad, religiosamente (porque la cultura, o es, como en él, religiosa, o no es nada), lo que él emprendió. Hubo una época en la cual se acostumbraba incitarnos a los españoles a desertar de la casa paterna e irnos a Europa. Eso, entonces, sólo nos hubiera conducido a un cosmopolitismo anodino. Pero hoy, que hemos recobrado lo nuestro, que tenemos cosas propias que decir, y nos interesa, en cambio, cómo decirlas, hoy, sí; hoy nos estorba todo casticismo y nos reclaman todos los modernismos; por consiguiente, ¡a Europa, científicos, músicos, poetas españoles! (O a lo que quede de Europa; pero ésta es otra historia.)

En cuanto al mínimo músico muerto, valgan las palabras de Federico Sopena: enterradle con ataúd blanco y cantadle el oficio de Gloria.

EDUARDO MARQUINA

Muy poco después que Falla, Marquina ha muerto. También en América. En Nueva York, cuando se disponía a regresar a España, de la que había salido presidiendo la embajada extraordinaria enviada a Colombia para asistir a la toma de posesión del presidente Ospina. Marquina había nacido en 1879; tenía sesenta y seis años. Lloramos la muerte del hombre; por lo que al artista respecta, más que doblar bronce por su pérdida, debe importarnos aquí esclarecer su mensaje y su enseñanza, ciertamente considerable.

Comenzó Marquina con una fórmula en algún modo semejante a ésta que, sobre el rastro de Lain, he recordado: a España, a través de Europa. Eduardo Marquina, en efecto, empezó en puro modernismo, es decir, con lo que, entonces, podía ser una Europa que nunca, en rigor, abandonó por entero; prueba, la inquietud que le llevó a experiencias como la de *El pobrecito carpintero*. Con todo, a Marquina no podemos representárnosle bajo la sola etiqueta de lo nuevo. Los te-

mas, en él, vencieron a los métodos. Y sus temas fueron ya desde el principio los nada vanguardistas de sus *Odas* (naturaleza y pámpanos horacianos), y acabaron por acogerse definitivamente al marco dibujado por *Las hijas del Cid*, *Doña María la Brava*, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Teresa de Jesús*. Soldados e hidalgos, frailes, virreyes, capitanes...; lo que nuestros abuelos expresaban con una sola, sonora, retumbante palabra: "la raza". Mas aun así, la fórmula que he dicho no dejó de valerle a Marquina. Lo "moderno" le sirvió para orillar alguno de los peligros a que su temática le exponía; significó un contrapeso a toda posible trompetería oratoria, toda vana hinchazón del gesto, todo estéril redoblar de parches declamatorios.

Por eso, seguramente, no cayó Marquina en la pedrería falsa de un Villaspesa. Del primero se ha dicho que tuvo heroica la inspiración y heroico el verbo. Por las razones dichas, ese tono heroico, sin mengua de sus esenciales valores, pudo ser especialmente refinado. Marquina no perdió su oratoria, su énfasis, pero fueron los suyos, en general, una oratoria y un énfasis con sordina, y no se me tome nada de esto peyorativamente; enfático es un Velázquez, y enfático es todo nuestro teatro clásico. Enfático, pues, fué nuestro Marquina, con énfasis, repito, de buena ley. Moderado, de un tono menor, un tanto gris, quizá, como para hacernos desear a veces una mayor rotundidad, puesto que suele radicar aquél más en ambientes que en palabras. Es verdad que, tal vez por ello, su obra no acaba de encontrar un acento decididamente épico; que su pintura, siendo de tonos fuertes, tiene más de acuarela que de óleo; ¡pero si se miden, junto a esos inconvenientes, las ventajas!

No entro en dilucidar si su empeño de teatro poético —como el de Valle-Inclán— era o no acertado. Se le ha reprochado el no acabar de hacer ni teatro ni poesía. Ese era, sin duda, el escollo principal que había de sortear. Pero así y todo, ciertos valores de ese teatro poético pueden considerarse como obvios. Uno, el más interesante: su popularidad. Más de un corazón español se ha engallado con el "¡España y yo somos así, señora!", de *En Flandes se ha puesto el sol*, y con una pintura, más viva que precisa, de nuestro pasado.



Noble cuadro de historia, la obra de Marquina se nos ofrece hoy demasiado vuelta hacia atrás para coincidir enteramente con nuestros gustos. El mismo carácter "civil" de su poesía rima mal con el lirismo contemporáneo. No olvidemos por eso el enorme peligro de esta actitud nuestra; no llegar a alcanzar sino una mínima resonancia minoritaria. Y no releguemos a lugar secundario, en nuestra apreciación de la obra de Marquina, el haber podido salvar ese escollo.

Fué popular esa obra porque acertó con las más elementales raíces de lo nacional. A lo nacional hemos incorporado hoy, enriqueciéndolo, el sentido crítico del 98. Pero esto es sólo lo accesorio. Y el tronco, el patriotismo de quiénes, siendo también del 98, escogieron la vía del amor directo a España, sin reservas mentales ni cavilaciones, como un José María Salaverría y un Eduardo Marquina.

Por todo eso, Marquina resultaba el embajador ideal de nuestra cultura para América. Carlos Restrepo narra el recibimiento que se le tributó en Colombia. "Brotó ese sentimiento —escribe— espontáneo y popular en el recinto mismo donde se hallaba reunido el Congreso para dar posesión al doctor Ospina Pérez, al entrar en él la embajada de España, con una salva de aplausos que daban clara e inequívoca muestra del sentimiento general". Y es que, como también advirtió en Colombia Rafael Maya, la calidad humana de Marquina era tan noble como su contextura mental: bondad, simpatía, don de gentes. Murió recién cumplido su postrer servicio. Había cantado, en la antigua tierra de Nueva Granada, a la lengua española, esa "bandera —dijo— que elevamos, a despecho del viento, con las manos unidas." Proyectaba una obra sobre "El virrey Solís" o "los bucaneros". Y pienso que su muerte, en pleno servicio a la Patria, nos alcanza con un cierto temblor de lejanía. Como si fuera la de algún hidalgo de los que él cantó.

"Es también mi voluntad que la Cruz redentora presida mi sepultura." Las palabras del testamento de Falla nos llegaron casi a la vez que los restos mortales de Marquina, amortalado en el hábito franciscano y envuelto en la bandera española. Hemos perdido dos grandes figuras y, lo que pesa muchísimo más, dos hombres buenos. Poco a poco, los viejos pi-

lares de nuestra cultura van desapareciendo, y nosotros pasamos a primera fila, y allí nos quedamos, sin nombres tras los que excusarnos, a solas con la conciencia de nuestra tremenda responsabilidad.

## DEL SALÓN DE OTOÑO Y DE UN PINTOR ARGENTINO

El XX Salón de Otoño, fundado por la Asociación de Pintores y Escultores, fué inaugurado. Sin duda, estos periódicos exámenes de conciencia tienen su peligro: que se tome por examen general lo que no suele pasar de examen particular, y, a veces, particularísimo. Sabido es que, como hay poetas de juego floral, hay pintores de exposición, y que ni los unos ni los otros suelen ser precisamente los mejores, ni aun discretos. Así y todo, de este Salón de Otoño, como de los pasados, pueden deducirse algunas enseñanzas sobre el rumbo de nuestro arte.

Por lo que a la pintura atañe, las enseñanzas de otras ocasiones. La selección resultó esta vez más exigente. El nivel medio se elevó; no las cumbres. Vimos reunidos, sí, nombres importantes: José Aguiar, el de la estupenda y discutida *Consagración de los mártires*, a la que, por cierto, no intranquilizarían las obras de este año; Moisés, o la pura academia; Pellicer, menos académico, por fortuna; Vázquez Díaz, empeñado en encerrar en el reducido mundo del caballete las dimensiones murales de su gran pintura; ese Gabriel y Galán de la paleta que es Eugenio Hermoso; el inevitable vasco de Valentín de Zubiaurre; Soria Aedo... Pero no, no es la pobreza de medios técnicos, sino de objetivos, la que siguió notándose. En general era un arte, el de ahí, sin alas, de meros profesores. De Jean Cocteau es la frase: "La fotografía ha liberado a la pintura." ¿De verdad, de verdad, vimos eso allí? En resumen: ¡Qué bien le vendría a nuestros pintores un poco de audacia! ¡Qué bien, sobre todo, no preocuparse sólo del oficio!

Del Salón de Otoño ha sido premiado Enrique Segura, por su hermoso cuadro *Reposo*. No es, repito, que falten pintores, y buenos pintores. Pero, ¿no están muchos de ellos, cuando menos, demasiado estancados en ese realismo que tan

natural nos es, que tan fundamentales valores encierra —seguramente, los más propiamente pictóricos—, pero que, por eso mismo, tan propenso es a constituir en nosotros vicio, si no se le combate mediante exorcismos de signo contrario? Cabalmente, muchas cabezas juveniles están hoy empeñadas en algo a que aludí, tratando de Falla, con estas palabras: ser universalmente españoles. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir: recelo ante lo espontáneo, ante lo castizo, ante el “carácter”; y demás fetiches del expresionismo noventiochista; intento de encerrar eso en mallas escolásticas, en estructuras, en rigor, también, de la obra, frente a toda fácil improvisación romántica; pero necesidad de realizar esa labor *contra corriente* sin que los valores corregidos resulten, de puro subyugados, asfixiados; sin que ese neoclasicismo extirpe nuestro originario barroquismo. Esa empresa (que unos han llamado “europeización”; otros, como d’Ors, “italianización”; exaltación, en todo caso, de la inteligencia por encima del temperamento; de lo universal sobre lo local) es muy difícil. Se trata de ir, sí, a los toros, pero sin ver necesariamente en ellos la quintaesencia de lo español; de amar a un Zuloaga, a un Solana, pero sin creer por eso en la imposibilidad de una ternura española, que corrija y mejore su trágica, extremada España. Ya se comprenderá que a veces resulta el descastamiento a lo Picasso; o el academicismo sin sal. Pero cuando el equilibrio se logra, ahí quedan el “romanesco”, tan español, de un Basterra, de un Mourlane, de un Sánchez Mazas, o la música de Rodrigo, o la poesía de Pañero, o los ensayos de Laín, o...

Uno llega a la pintura, y es más difícil encontrar el paralelo. Pero, en fin, ni siquiera es el neoclasicismo el único corrector del realismo. ¿Es que con lenguaje barroco no han sido dichos los más importantes mensajes de nuestro arte? Ahora, ¿se dicen? Sigo hablando en términos generales; ya llegará día para concretar y señalar méritos individuales. Vista en su conjunto, a la pintura española le falta problema. Claro, no todo es así, ni aun a grandes rasgos. Hay problema, y no ya técnico, en la joven pintura catalana; en un Pedro Borrell, por ejemplo. Y habría problema en la pintura del argentino Juan Antonio Ballester Peña, alma de

un taller de arte cristiano en Buenos Aires, director del Museo de Artes Decorativas de la misma ciudad, que ha expuesto también en Madrid. No voy a calificar su pintura. Simbólica, esquemática, sólo subrayaré esto que de ella se ha dicho: ansias de evasión. ¡Lo que falta a tanto y tanto retrato, a tanto y tanto desnudo, a tanto y tanto paisaje de nuestros salones! De la pintura de Ballester Peña dijo Camón Aznar que reflejaba “unas inquietudes espirituales que rebasan las puras fórmulas pictóricas”. ¡Bendita inquietud!

EL DOCTOR CAEIRO DA MATA EN LA UNIVERSIDAD  
DE MADRID

Gregorio Marañón fué hace poco investido con el doctorado “honoris causa” por la Universidad de Oporto. El profesor Rocha Pereira le saludó como a “una auténtica gloria de España”. Nosotros, ¿vamos a comentar lo obvio? En correspondencia, la Universidad de Madrid ha recibido a varios ilustres profesores portugueses y ha concedido el grado de doctor “honoris causa” al Sr. Caeiro da Mata, ministro de Educación portugués y rector de la Universidad de Lisboa.

Son los primeros los excelentísimos señores Gonçalvez Pereira, Leite Pinto y Amzalak, profesores del Instituto de Ciencias económicas y financieras de la Universidad de Lisboa, que en la nuestra han disertado, respectivamente, sobre los problemas económicos de la población, la vida media de las poblaciones y su influencia en la Previsión social, y las doctrinas de la población en Portugal en los siglos XVII y XVIII. En cuanto al doctor Caeiro da Mata, es mucho más sobre lo dicho. Catedrático en Coimbra, donde explicó Derecho Romano, Civil, Mercantil, Penal, Canónico, Procedimiento criminal e Historia del Derecho portugués, profesa hoy en Lisboa esta última disciplina, Derecho internacional privado y Estadística; fué presidente del Consejo Superior de Instrucción Pública y lo es de la Academia Portuguesa de la Historia, a más de miembro de la de Ciencias de Lisboa, de la Comisión de Derecho marítimo internacional, de numerosas comisiones, comités y asociaciones internacionales, entre ellas nues-

tra "Asociación Francisco de Vitoria", y doctor "honoris causa" por la Universidad de Toulouse. Sobre eso, el doctor Caeiro es, como recordó el profesor Castiella, un buen amigo de España.

De esta embajada de la cultura portuguesa no debe recatarse la importancia. Ya es bastante significativo que la Universidad de Madrid, en más de diez años, no haya conferido más que otro doctorado "honoris causa", y éste. Pero más nos importa destacar cuánto supone este acto para las relaciones entre las dos culturas peninsulares. En el paraninfo de la Universidad de Madrid, sucesora de la de Alcalá, frente al fondo policromo de mucetas y birretes profesoriales, se sentaron el Ministro de Educación Nacional, el rector D. Pío Zabala, el obispo de Madrid-Alcalá y presidente del Instituto de España D. Leopoldo Eijo-Garay, los decanos de las distintas Facultades, nuestros ministros y el embajador de Portugal. Alentaba sobre todos un común entendimiento cultural. En las palabras de Fernando María Castiella, decano de nuestra joven y pujante Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, en las del Ministro, veo, antes que otra cosa, una cultura española que se complace en decir con versos de Lope que tiene "el alma portuguesa". En las palabras del doctor Caeiro quiero ver ante todo el reflejo de un país que otra vez nos mira a los ojos. Pues entre las ruinas de la primera guerra que se ha dado en el mundo bajo el signo del aniquilamiento, como señaló el doctor Caeiro, España y Portugal representan, bajo idiomas diversos, una cristiana manera de ver la vida, una común tabla de valores, un idéntico anhelo universalista, y, para terminar, la realidad de una palabra tan traída y llevada a estas alturas que uno duda si no habrá perdido en tan desconsiderado trasiego su prístino brillo; una palabra que —¿la diré?— es ésta: libertad.

"España y con ella Portugal son las únicas naciones que se mantuvieron fieles a la sustancialidad Católica", escribió José Pemartín. Fieles, remacharía yo, a la "sed insensata de absoluto", que dijo Monís Barreto. No debemos ver ahí tan sólo una posible trayectoria universal. Bástenos pensar en ello con los más modestos términos del "programa de conservação" de que hablaba el propio Monís. Y también con-

siderar que esa "conservação" está condicionada al paralelismo de las dos naciones peninsulares. Estas, hoy, por encima de todas las incomprensiones y recelos pretéritos, se aman. ¿Se conocen lo bastante? ¿Podemos mirar sin demasiada nostalgia el bilingüismo literario de los siglos xv, xvi y xvii? Quiero por eso terminar con las palabras del Ministro español de Educación. Hemos avanzado mucho, pero no hasta donde podemos llegar. No nos abandone la perenne insatisfacción, al menos hasta que podamos repetir, con entera tranquilidad de conciencia, el valiente apóstrofe de Sardinha, hecho consolador presente: "¡aprended ya, oh gentes de poca fe, que no estábamos decadentes, sino tan sólo extraviados!"

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

## RECENSIONES

